

Como se Paganiza un Pueblo

Con profundo dolor hemos oído pronunciar estas palabras de acree sinceridad en una semana internacional de París: "Es una ingenuidad seguir hablando de la Francia católica. Tenemos que reconocer que más de la mitad de los franceses han retornado al paganismo. Señores: estamos en un auténtico país de misión".

Como toda afirmación general, también ésta necesita sus atenuaciones y distingos. Como sucede entre nosotros, los franceses bautizados —consiguientemente, súbditos fieles o discolos de la Iglesia— son muchos más de los que supone la afirmación. Pero también es cierto —lo que no sucede proporcionalmente en Venezuela— que hay varios millones de franceses no bautizados: en la actualidad alcanzan a 8 millones. Es igualmente cierto que en Francia son proporcionalmente numerosos los que pudiéramos llamar renegados, bautizados que hoy odian la Iglesia y tienen frente a ella una actitud agresiva y hostil. Lo que sucede en proporción relativamente escasa en Venezuela. Actualmente se calcula en trece millones los que no tienen contacto alguno con la Iglesia en Francia.

En cambio posee Francia una minoría católica, que puede considerarse como auténtica élite, consciente de su fe, abierta a las consecuencias de la doctrina social católica, formada para la participación activa en la liturgia y el culto... Y es evidente que este último sector es proporcionalmente escaso en Venezuela.

En todo caso, queda en pie la afirmación general: Más de la mitad de los franceses han retornado al paganismo.

El hecho merece la más severa reflexión, ya que contiene una lección que Venezuela está todavía a tiempo de aprender.

¿Cuáles son los factores de tan grave caso de apostasía? Es imposible enumerarlos todos. Los hay, sin duda, de añeja raigambre en la historia de Francia: el galicanismo regalista y parlamentario; el choque del protestantismo que apenas padecieron España y sus Colonias; la ráfaga fría, inhumana y esterilizadora del jansenismo; el orgullo fatuo de la Enciclopedia y el turbión de la Revolución del 1789, con sus resonancias del siglo XIX.

Entre los factores modernos y más decisivos debemos señalar dos: el influjo materialista del marxismo y la escuela laica.

Quienes parten del supuesto de que el marxismo es una doctrina económica, padecen grave error. El marxismo es una concreta filosofía de la vida. Filosofía materialista, formulada en la doctrina del materialismo histórico de Carlos Marx.

La propaganda se inicia a base de promesas utópicas de orden económico. Para poco a poco esterilizar toda idea espiritual en las almas. Las masas francesas que el marxismo conquistó con el señuelo de imposibles paraísos terrestres, creían en Dios y en la vida eterna. Al cabo de unos años el marxismo, que no les ha dado el prometido paraíso en la tierra, les ha arrancado la esperanza del Paraíso celeste. Hoy las masas obreras marxistas de Francia son ateas, son simplemente materialistas.

La lección para Venezuela es sencilla e inmediata. Hoy nuestros líderes marxistas afirman que no van contra la Religión, sino contra los curas políticos. Pero predicán el materialismo histórico de Marx. ¿No estaremos en vísperas de una apostasía masiva de nuestro mundo obrero, hoy todavía en buena parte creyente?

Los católicos franceses y más generalmente las clases conservadoras de Francia lamentan hoy tardíamente el haber olvidado la doctrina social católica, el apostolado de las masas obreras, la organización de sindicatos, cooperativas y círculos obreros. Recuérdese las obras "Hacia un porvenir mejor" y la "Apostasía de las masas" de los jesuitas Croisset y Robinot Marsi. Y sin embargo algo y mucho se hizo en Francia por la organización de los obreros en sindicatos católicos. ¿Podemos decir otro tanto de Venezuela? ¿Qué indiferencia tan suicida reina



aún en el sector conservador de Venezuela por la doctrina social católica! ¿Lloraremos tardíamente lo que no supimos realizar con generosidad en la hora oportuna? Felizmente puede asegurarse que la hora oportuna no ha pasado aún en Venezuela, donde el marxismo —que ha organizado el obrero— no ha logrado llegar muy a fondo en su espíritu.

El segundo factor, no menos trascendente y eficaz de la pagani-zación de Francia ha sido la escuela laica. Cuando se habla de escuela laica se suele predicar la neutralidad de la escuela en materia religiosa. En realidad se trata de una posición sectaria en materia de religión. Se da de los problemas más vitales de la filosofía y de la ciencia una solución materialista, positivista. Es decir se niega en su misma base la filosofía cristiana y la concepción católica de la vida. Con la máscara de imparcialidad se hace la más refinada labor sectaria.

Francia nos ofrece un ejemplo palpable. Es vieja táctica de la masonería, a través de los partidos llamados liberales, monopolizar con estrategia el Ministerio de Educación. El hombre obra según sus ideas, y buena parte del acerbo de nuestras ideas provienen de las aulas. En Francia la masonería no se contentó con monopolizar el Ministerio de Educación.

A principio del siglo XX expulsó a las órdenes religiosas de la enseñanza.

Fué entonces cuando la Iglesia católica inició una esforzada campaña de creación de escuelas parroquiales. Hemos oído discutir esta táctica. Se nos dice fué equivocada. Pues los católicos franceses, mal-gastaron sus posibilidades económicas en crear escuelas en cada pueblo frente a la escuela oficial. La escuela oficial pagada por todos los franceses, incluso los católicos, era más rica, era más fuerte. Al enfrentarse la escuela oficial y la escuela confesional se luchaba con desventaja evidente. Se logró además hacer más sectaria —por oposición— la escuela oficial. La consecuencia fué que mientras las escuelas parroquia-les cultivaban en católico un tercio de la población, los otros dos tercios —formados en escuelas laicas -sectarias— han perdido prácticamente la fé en la lucha de medio siglo. En 1934 las estadísticas del magisterio arrojaban estos datos significativos. De 120.000 maestros franceses, 80.000 estaban sindicados por el socialismo; 10.000 por el comunismo; los demás eran independientes, no siempre católicos.

Los católicos franceses luchan hoy con otra táctica. Se han convencido tardíamente de que es insensata la posición abstencionista; y tratan de conquistar los centros oficiales; las normales, las cátedras. Con menos gastos, la eficacia es inmensamente mayor.

Todo avisado lector comprenderá que muchas de estas reflexio-nes sobre Francia son aplicables a Venezuela. ¿Quién ha organizado los maestros venezolanos? ¿Qué enseñan hoy muchos maestros vene-zolanos? ¿Qué aprenden en la Normal sobre el origen de la vida, el evolucionismo, el alma?

Tampoco en este campo se ha perdido del todo la batalla en Ve-nezuela. No son pocas las normales católicas. Debieran de ser más; y sobre todo faltan las masculinas. Hay que hacer un esfuerzo por conservar el nivel pedagógico de los centros educacionales católicos y poner todo nuestro talento y eficacia en la defensa de sus derechos. Si para ello hace falta lograr los grados oficiales, hay que lograrlos.

Francia lucha hoy denodadamente por la reconquista católica de su pueblo y no debe desconfiarse de la victoria, ya que cuenta con una élite cristiana admirable y rica en experiencia.

Pero es hora de que su ejemplo despertara a los que aún tienen qué perder. No se olvide que dentro de diez años podemos ser paganos, si no luchamos a tiempo y sabiamente contra el materialismo marxista y el sectarismo de la escuela laica.

París - Agosto, 1947.

MANUEL AGUIRRE ELORRIAGA, S. J.